

TOM ROB SMITH

LA GRANJA

Traducción del inglés de
Javier Guerrero



Título original: *The Farm*

Ilustración de la cubierta: Getty Images

Copyright © Tom Rob Smith, 2014

Copyright de la edición en castellano © Ediciones Salamandra, 2016

Publicaciones y Ediciones Salamandra, S.A.

Almogàvers, 56, 7º 2ª - 08018 Barcelona - Tel. 93 215 11 99

www.salamandra.info

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 978-84-16237-13-5

Depósito legal: B-2.577-2016

1ª edición, marzo de 2016

Printed in Spain

Impresión: Romanyà-Valls, Pl. Verdaguer, 1
Capellades, Barcelona

LA GRANJA

Hasta que sonó el teléfono, había sido un día normal. Volvía a casa cargado con la bolsa de la compra por Bermondsey, un barrio de Londres, justo al sur del río. Era una tarde de agosto sofocante y cuando sonó el móvil pensé en no contestar; me moría de ganas de llegar a casa y ducharme. Vencido por la curiosidad, reduje el paso, saqué el teléfono del bolsillo y me lo llevé a la oreja; el sudor humedeció la pantalla. Era mi padre. Se había trasladado a Suecia recientemente y no solía llamar; apenas usaba el móvil, y llamar a Londres le salía muy caro. Mi padre estaba llorando. Me paré en seco y solté la bolsa de la compra. Nunca lo había oído llorar. Mis padres siempre habían tenido la precaución de no discutir ni perder los nervios en mi presencia. En casa no había discusiones furibundas ni broncas al borde de las lágrimas.

—¿Papá? —dije.

—Tu madre... no está bien.

—¿Está enferma?

—Es muy triste.

—¿Triste? ¿Está enferma? ¿Qué le pasa? ¿Qué le pasa a mamá?

Mi padre seguía llorando. Lo único que pude hacer fue esperar en silencio hasta que dijo:

—Imagina cosas; cosas terribles, muy terribles.

Esa referencia a la imaginación de mi madre, y no a una dolencia física, fue tan extraña y sorprendente que tuve que agacharme y apoyar una mano en el suelo de hormigón caliente y agrietado para no caerme. Observé una mancha de salsa roja que se filtraba por la base de la bolsa de la compra.

—¿Desde cuándo? —pregunté por fin.

—Lleva así todo el verano.

Meses, y yo sin saberlo. Había estado en Londres, sin enterarme, mientras mi padre me ocultaba los problemas, como tenía por costumbre.

—Estaba convencido de que podía ayudarla —añadió, leyéndome el pensamiento—. Es posible que haya esperado demasiado, pero los síntomas empezaron poco a poco: ansiedad y comentarios extraños, eso puede pasarlos a todos. Luego vinieron las acusaciones. Tu madre asegura que tiene pruebas, habla de indicios y de sospechosos, pero no son más que disparates y mentiras.

Estaba empezando a hablar más alto, desafiante, categórico, y ya no lloraba. Había recuperado la soltura. Su voz transmitía algo más que tristeza.

—Tenía la esperanza de que se le pasara, creía que sólo necesitaba tiempo para adaptarse a la vida en Suecia, en el campo. Pero fue de mal en peor. Y ahora...

Mis padres pertenecían a una generación que sólo iba al médico si sufría una herida que pudieras ver con tus propios ojos o palpar con los dedos. Eso de atosigar a un desconocido con los detalles íntimos de su vida les parecía inimaginable.

—Papá, dime que ha ido al médico.

—El doctor dice que sufre un episodio psicótico. Daniel...

Mi madre y mi padre eran las únicas personas del mundo que no abreviaban mi nombre para llamarme Dan.

—Tu madre está en el hospital. La han internado.

Al oír esta última noticia abrí la boca para hablar sin tener ni idea de qué decir, quizá sólo para exclamar, pero al final no dije nada.

—¿Daniel?

—Sí.

—¿Me has oído?

—Te he oído.

Pasó un coche abollado. Frenó para mirarme, pero no se detuvo. Eché un vistazo al reloj. Eran las ocho de la tarde y había pocas posibilidades de encontrar un vuelo para esa misma noche. Viajaría por la mañana temprano. En lugar de rendirme a las emociones, me impuse la obligación de ser eficiente. Hablamos un poco más. Los dos estábamos recuperando la normalidad, controlados y contenidos después de la agitación de los primeros minutos.

—Buscaré un vuelo para mañana por la mañana —dije—. Te llamaré cuando tenga la reserva. ¿Estás en casa? ¿O en el hospital?

Estaba en casa.

Después de colgar, rebusqué en la bolsa de la compra. Empecé a sacar los productos y a dejarlo todo en el suelo, hasta que encontré el frasco agrietado de salsa de tomate. Lo levanté con cuidado, porque lo único que sujetaba los vidrios rotos era la etiqueta. Fui a tirarlo a una papelera cercana antes de volver a mi compra esparcida y quitar la salsa con pañuelos de papel. Puede que esto parezca innecesario —al infierno la bolsa, mi madre está enferma—, pero el frasco resquebrajado podría haber terminado de romperse y entonces la salsa de tomate lo habría pringado todo, y, además, la sencillez monótona de la tarea me resultaba reconfortante. Recogí la bolsa y, a un paso más rápido, llegué a mi casa, en el último piso de una antigua fábrica convertida en edificio de apartamentos. Me metí bajo el agua fría de la ducha y pensé en llorar; ¿no debe-

ría llorar? Me lo pregunté como si fuera lo mismo que decidir si me fumaba un cigarrillo. ¿Acaso no era mi deber de hijo? El llanto debería ser instintivo. Sin embargo, yo siempre me detengo antes de mostrar mis emociones. Soy cauto ante las miradas de los desconocidos. En este caso no era una cuestión de prudencia, sino de incredulidad. No podía dar una respuesta emocional a una situación que no comprendía. No iba a llorar. Había demasiadas preguntas sin responder para ponerse a llorar.

Después de la ducha, me senté delante del ordenador a repasar los correos electrónicos que mi madre me había enviado en los últimos cinco meses, preguntándome si habría pasado por alto alguna pista. No había visto a mis padres desde su traslado a Suecia, en el mes de abril. En su fiesta de despedida de Inglaterra brindamos por una apacible jubilación y todos los invitados se quedaron delante de su antigua casa para despedirse con cariño. No tengo hermanos ni hermanas, no hay tíos ni tías, cuando hablo de la familia me refiero a nosotros tres, mi madre, mi padre y yo: un triángulo como un fragmento de una constelación, tres estrellas brillantes muy juntas, con un montón de espacio alrededor. Nunca habíamos hablado con detalle de esa falta de parientes. Había algunas pistas: mis padres vivieron infancias difíciles, separados de sus propios padres, y yo estaba seguro de que su promesa de no discutir nunca delante de mí se originaba en un deseo poderoso de proporcionarme una educación muy distinta de la que ellos habían vivido. La motivación no respondía a la tradicional reserva británica. No escatimaban amor o felicidad, esos sentimientos se expresaban a la menor oportunidad. Si los tiempos eran buenos, lo celebraban; si no lo eran tanto, lo vivían con optimismo. Por eso alguna gente consideraba que me protegían demasiado: sólo había visto buenos tiempos. Los malos quedaban ocultos. Yo era cómplice de ese pacto. No hacía pregun-

tas. La fiesta de despedida había sido uno de esos buenos momentos. Todos los asistentes vitorearon cuando mis padres partieron para embarcarse en una gran aventura que iba a llevar a mi madre de regreso al país del que se había marchado cuando sólo tenía dieciséis años.

Poco después de su llegada a una antigua granja remota, situada en el extremo sur de Suecia, mi madre había escrito con regularidad. Los mensajes de correo describían lo maravillosa que era su vida allí, la belleza del campo, la calidez de la gente del lugar. Si había algún atisbo de problemas era sutil, y yo no había sabido interpretarlo. La longitud de sus mensajes se fue reduciendo con el transcurso de las semanas y las frases que expresaban su fascinación se hicieron más escasas. Yo lo había interpretado como algo positivo. Mi madre estaba instalándose y no tenía tiempo libre. Apareció su último mensaje de correo:

¡Daniel!

Nada más, sólo mi nombre entre signos de exclamación. Mi reacción había consistido en responder de inmediato para decirle que se había producido un fallo técnico, que su mensaje no había llegado y que por favor lo reenviara. No presté suficiente atención a esa única palabra, convencido de que se trataba de un error, y ni siquiera se me ocurrió la posibilidad de que ese mensaje se hubiera enviado en medio de la angustia.

Repasé toda la cadena de correspondencia, preocupado por la noción de mi propia ceguera e inquieto por la pregunta de qué más podría haber pasado por alto. Sin embargo, no encontré signos reveladores, ningún exceso de fantasía desconcertante; mi madre escribía con su estilo habitual, en inglés, porque, lamentablemente, yo había olvidado buena parte del sueco que me había enseñado

de niño. Un mensaje de correo contenía dos archivos adjuntos que pesaban mucho: fotografías. Estaba seguro de que las había mirado antes, pero en ese momento tenía la mente en blanco. La primera apareció en pantalla: un granero inhóspito con un tejado de acero oxidado, un cielo gris, un tractor aparcado fuera. Al ampliar la parte del cristal de la cabaña vi un reflejo parcial del fotógrafo (mi madre), pero el flash le daba en la cara, de forma que parecía que la cabeza hubiera explotado en rayos brillantes de luz blanca. En la segunda, se veía a mi padre de pie en el exterior de la casa, conversando con un desconocido alto. Daba la impresión de que la foto se había tomado sin el conocimiento de mi padre, desde cierta distancia. Tenía más pinta de fotografía de vigilancia que de retrato familiar. Ninguna de las imágenes mostraba una belleza especial, aunque, por supuesto, no había preguntado sobre esa anomalía. Me había limitado a responder que estaba impaciente por conocer la casa. Era mentira. No tenía ningunas ganas y ya había pospuesto la visita varias veces, retrasándola de principios a finales del verano, a la llegada del otoño, sin más explicación que algunas vagas verdades a medias.

La auténtica razón del retraso era que estaba asustado. No había contado a mis padres que vivía con mi compañero y que nos conocíamos desde hacía tres años. El engaño venía de tan lejos que estaba convencido de que no podría desenredarlo sin hacer daño a mi familia. Había salido con chicas en la universidad. Mis padres preparaban la cena para esas novias y se mostraban encantados con mis elecciones: las chicas eran guapas, divertidas y listas. Pero yo no sentía que se me acelerara el corazón cuando se desnudaban, y durante el sexo exhibía una concentración profesional en mi cometido, convencido de que mi capacidad de proporcionarles placer significaba que no era gay. No acepté la verdad hasta que me fui de casa.

Se lo conté a mis amigos, pero excluí a mis padres, no por vergüenza, sino por cobardía bien intencionada. Me aterrorizaba dañar el recuerdo de mi infancia. Mis padres se habían desvivido por crear un hogar feliz, se habían sacrificado, habían hecho un voto solemne de tranquilidad, conjurados para construir un refugio en el que no cupieran los traumas; no habían fallado ni una vez, y los amaba por ello. Al oír la verdad, sin duda concluirían que habían fracasado. Pensarían en todas las mentiras que me habría visto obligado a contar. Me imaginarían solitario y torturado, intimidado y ridiculizado, cuando nada de eso era cierto. Mi adolescencia había sido fácil. Había pasado de la infancia a la edad adulta saltándome una etapa —el pelo rubio brillante se me había oscurecido apenas un poco, los ojos azules, nada en absoluto—, y el atractivo físico me valió una inmerecida popularidad. Pasé esos años como en una nube. Ni siquiera mi secreto me había pesado demasiado. No me entristecía. Simplemente no le daba muchas vueltas. Al final, se reducía a esto: no podía soportar la idea de que mis padres se preguntaran si había dudado de su amor. Me parecía injusto para ellos. Podía oírme diciendo, con voz desesperada, sin creer mis propias palabras:

—¡No cambia nada!

Estaba seguro de que aceptarían a mi compañero y celebrarían nuestra relación como lo celebraban todo, pero quedaría un rastro triste. El recuerdo de una infancia perfecta moriría, y lo lloraríamos con la misma seguridad que el fallecimiento de una persona amada. Así pues, la verdadera razón de que hubiera pospuesto mi visita a Suecia era que había prometido a mi compañero que ésa sería la oportunidad de contar la verdad a mis padres, la oportunidad, por fin, después de todos esos años, de que lo conocieran.

* * *

Mark llegó a casa esa noche y me encontró delante del ordenador, buscando vuelos a Suecia. Sonrió antes de que yo pudiera decir ni una palabra, suponiendo que se iban a acabar las mentiras. No fui capaz de adelantarme a su error, y por eso me vi forzado a corregirle con el mismo eufemismo que había usado mi padre.

—Mi madre está enferma.

Fue doloroso ver a Mark adaptarse, ocultar su decepción. Era once años mayor que yo, acababa de cumplir cuarenta, y aquel piso era suyo, fruto de sus éxitos como abogado especializado en derecho corporativo. Yo hacía lo posible por desempeñar un papel equitativo en la relación e insistía en pagar el máximo alquiler que podía permitirme. Claro que, en realidad, no podía permitirme mucho. Trabajaba de paisajista autónomo para una empresa que convertía azoteas en jardines y sólo cobraba cuando había un encargo. Había que luchar con la recesión y no teníamos trabajos en perspectiva. ¿Qué veía Mark en mí? Sospechaba que él ansiaba la clase de vida hogareña y calmada en la que yo era experto. No discutía. No me peleaba. Siguiendo los pasos de mis padres, me esforzaba por convertir mi hogar en un refugio frente al mundo. Mark había estado casado diez años con una mujer, y la relación había terminado en un divorcio complicado. Su ex declaró que él le había robado los mejores años de su vida, explicó que había desperdiciado su amor con Mark y que, de pronto, a los treinta y tantos, no podría encontrar un compañero de verdad. Mark aceptó la idea y cargó con el peso de la culpa. Yo no tenía claro que alguna vez pudiera quitarse ese peso de encima. Había visto fotos de él a sus veintitantos, desbordante de seguridad y optimismo, con trajes caros y aspecto elegante, con hombros anchos y brazos gruesos como consecuencia de muchas horas en el gimnasio. Iba a clubes de estriptis y organizaba despedidas de soltero chabacanas para sus colegas. Se reía a carcajadas de los chistes y daba palmadas en la

espalda a la gente. Había dejado de reírse así. Durante el divorcio, los padres de Mark se pusieron del lado de su ex mujer. Sobre todo su padre estaba indignado con él. Ya no se hablaban. Su madre nos enviaba felicitaciones navideñas como si quisiera decir más y no supiera cómo. Su padre jamás las firmaba. En el fondo, me preguntaba si Mark veía a mis padres como una segunda oportunidad. De más está decirlo, tenía todo el derecho a pedir que formaran parte de su vida. La única razón de que aceptara el retraso era que se sentía incapaz de exigir nada cuando él había tardado tanto en salir del armario. Es posible que yo explotara ese hecho en cierta medida. Eso me quitaba presión. Me permitía aplazar la hora de la verdad una y otra vez.

Como no tenía ningún trabajo en perspectiva, nada me impedía volar a Suecia de improviso. El único problema era el coste del billete. Ni hablar de que me lo pagara Mark cuando mis padres ni siquiera sabían su nombre. Vací los ahorros que me quedaban, apurando el descubierto de mi cuenta, y, con el billete reservado, llamé a mi padre para darle los detalles. El primer vuelo disponible despegaba de Heathrow a las nueve y media de la mañana siguiente y aterrizaba en Göteborg, en el sur de Suecia, a mediodía. Mi padre no dijo más que unas pocas palabras; me sonó derrotado, moribundo. Le pregunté qué estaba haciendo, preocupado por saber si se las arreglaba bien solo en la granja aislada.

—Estoy ordenando —contestó—. Tu madre vació todos los cajones y armarios.

—¿Qué estaba buscando?

—No lo sé. No tiene lógica. Daniel, escribía en las paredes.

Pregunté qué escribía.

—No importa —dijo.

* * *

No hubo forma de dormir esa noche. Recuerdos de mi madre me daban vueltas y más vueltas en la cabeza. Se centraban en las vacaciones que habíamos pasado juntos en Suecia, veinte años antes, solos en una pequeña isla turística del archipiélago que hay al norte de Göteborg, sentados uno junto al otro en una roca, con los pies en el agua. En la distancia, un buque de carga que se dirigía a mar abierto partía las aguas profundas, y nos quedamos mirando cómo avanzaba hacia nosotros la ola creada por la proa, como un pliegue en el mar en calma. Ni ella ni yo nos movimos, tomados de la mano, esperando el impacto inevitable, viendo crecer la ola al pasar sobre agua poco profunda hasta que rompió contra la base de la roca y nos caló hasta los huesos. Había elegido ese recuerdo porque correspondía al momento de mayor unión con mi madre, cuando no podía imaginar tomar una decisión importante sin consultarle.

A la mañana siguiente, Mark insistió en llevarme a Heathrow, pese a que los dos sabíamos que sería más rápido utilizar el transporte público. Nos encontramos con un tráfico congestionado, pero no me quejé ni miré el reloj, consciente de lo mucho que Mark deseaba venir conmigo y de que yo le había impedido participar más allá de ese trayecto en coche. Me abrazó en la zona de parada de vehículos. Para mi sorpresa, estaba al borde de las lágrimas: noté las vibraciones sofocadas a través de su pecho. Le aseguré que no tenía sentido que me acompañara hasta la puerta de embarque, y nos dijimos adiós fuera.

Estaba a punto de facturar, ya con el billete y el pasaporte listos, cuando sonó mi teléfono.

—¡Daniel, no está aquí!

—¿Dónde no está, papá?

—¡En el hospital! Le han dado el alta. Ayer la traje. No habría podido venir sola. Pero, como no protestó, fue

un ingreso voluntario. Luego, cuando me fui, convenció a los doctores de que le dieran el alta.

—¿Que mamá los convenció? Dijiste que los doctores le habían diagnosticado un episodio psicótico.

Mi padre no contestó. Yo insistí.

—¿El equipo médico no habló contigo antes de darle el alta?

—Debió de pedirles que no hablaran conmigo —dijo en voz más baja.

—¿Por qué iba a hacer eso?

—Soy una de las personas contra las que está haciendo acusaciones. —Y añadió apresuradamente—: Nada de lo que dice es real.

Fue mi turno de guardar silencio. Quería preguntar sobre esas acusaciones, pero no acababa de decidirme. Me senté en mi equipaje, con la frente apoyada en las manos, indicando con señas a los que hacían cola que me adelantaran.

—¿Tiene teléfono?

—Lo destrozó hace unas semanas. No se fía de los teléfonos.

Dudé ante la imagen de mi madre, tan mesurada, destrozando irracionalmente un teléfono. Mi padre estaba describiendo las acciones de una persona que yo no reconocía.

—¿Dinero?

—Puede que un poco; lleva una cartera de cuero. Nunca la pierde de vista.

—¿Qué hay dentro?

—Toda clase de cachivaches que considera importantes. Dice que son pruebas.

—¿Cómo se marchó del hospital?

—No lo quieren decírmelo. ¡Podría estar en cualquier sitio!

—Tú y mamá tenéis cuentas conjuntas —dije, sintiendo pánico por primera vez—. Puedes telefonar al banco

y preguntar por las transacciones recientes. Localízala por la tarjeta.

Me di cuenta, por su silencio, de que mi padre nunca había telefonado al banco: siempre había dejado las cuestiones económicas a mi madre. En su negocio, ella había llevado las cuentas, pagado las facturas y presentado las declaraciones de impuestos anuales; tenía un don para los números y poseía la capacidad de concentración necesaria para pasar horas reconstruyendo recibos y gastos. Recordé su libro de contabilidad anticuado, antes de que existieran las hojas de cálculo. Presionaba tanto con el boli que los números parecían escritos en braille.

—Papá, contacta con el banco y llámame enseguida.

Mientras esperaba, me aparté de la cola y salí del edificio de la terminal. Caminé entre la congregación de fumadores mientras trataba de asimilar que mi madre estaba perdida en Suecia. Mi teléfono sonó otra vez. Me sorprendió que mi padre hubiera cumplido el encargo con tanta rapidez, pero no era mi padre.

—Daniel, escúchame con atención...

Era mi madre.

—Te llamo desde un teléfono público y no tengo mucho crédito. Estoy segura de que tu padre ha hablado contigo. Todo lo que te haya dicho ese hombre es mentira. No estoy loca. No necesito ningún médico. Necesito a la policía. Estoy a punto de tomar un avión a Londres. Ven a buscarme a Heathrow, Terminal... —Hizo una pausa por primera vez para comprobar la información en su billete.

Aprovechando la oportunidad, lo único que logré decir fue un penoso:

—¡Mamá!

—Daniel, no hables, tengo muy poco tiempo. El avión llega a la Terminal Uno. Aterrizaré dentro de dos horas. Si llama tu padre, recuerda...

Se cortó la comunicación.

Llamé al teléfono público con la esperanza de que mi madre contestara, pero no descolgó nadie. Estaba a punto de intentarlo otra vez cuando llamó mi padre. Empezó a hablar sin ningún preámbulo. Me dio la impresión de que estaba leyendo notas.

—A las siete y veinte de esta mañana ha gastado cuatrocientas libras en el aeropuerto de Göteborg. El cargo es de Scandinavian Airlines. Llega a tiempo para el primer vuelo a Heathrow. ¡Va a verte! ¿Daniel?

—Sí.

¿Por qué no le dije que mi madre acababa de llamarme y que ya sabía que estaba en camino? ¿La creía? Había sonado dominante y autoritaria. Yo había contado con que desvariara y no esperaba escuchar hechos claros y frases concisas. Estaba confundido. Me daba la impresión de que sería agresivo y beligerante repetir lo que ella me había dicho: que mi padre era un mentiroso. Tartamudeé una respuesta:

—La esperaré aquí. ¿Cuándo vas a venir tú?

—No voy a ir.

—¿Te quedas en Suecia?

—Si piensa que estoy en Suecia, se relajará. Se le ha metido en la cabeza que estoy persiguiéndola. Quedándome aquí, te daré algo de tiempo. Has de convencerla de que busque ayuda. Yo no puedo ayudarla. No me dejará. Llévala al médico. Te será más fácil si no se preocupa por mí.

No lograba seguir su razonamiento.

—Te llamaré cuando llegue. Ya decidiremos entonces.

Al colgar, me vi perdido entre interpretaciones. Si mi madre estaba sufriendo un episodio psicótico, ¿por qué le habían dado el alta los médicos? Aunque no pudieran retenerla por algún tecnicismo legal, deberían habérselo notificado a mi padre, y en cambio se habían negado, tratándolo como una fuerza enemiga, ayudando a mi madre a escapar no ya del hospital, sino de él. Al parecer, ella estaba bien a juicio de otra gente. La compañía aérea le

había vendido un billete, el personal de seguridad le había permitido pasar el filtro del aeropuerto, nadie la había detenido. Empecé a preguntarme qué había escrito mi madre en las paredes, incapaz de quitarme de la cabeza la imagen que me había enviado por correo en la que se veía a papá charlando con un desconocido.

¡Daniel!

En mi cabeza empezó a sonar como una petición de socorro.

Se actualizó la información en la pantalla; el vuelo de mi madre había aterrizado. Se abrieron las puertas automáticas y me apresuré a colocarme en la primera fila detrás de la barrera para leer las etiquetas de los equipajes. Enseguida empezaron a llegar con cuentagotas los pasajeros procedentes de Göteborg. Primero iban los ejecutivos que buscaban el cartel de plástico con sus nombres, seguidos por parejas, luego familias con pilas de equipajes voluminosos. No había rastro de mi madre, pese a que caminaba deprisa, y no me cabía en la cabeza que hubiera facturado el equipaje. Un anciano pasó muy despacio a mi lado, a buen seguro uno de los últimos pasajeros de Göteborg. Pensé seriamente en llamar a mi padre y explicarle que había algún problema, pero entonces las puertas gigantes se abrieron con un siseo y salió mi madre.

Iba con la mirada baja, como si siguiera un rastro de migas. Llevaba una cartera de cuero al hombro, tan llena que se tensaba la correa. Nunca le había visto aquella cartera; no era la clase de objeto que mi madre acostumbraba comprar. La ropa, igual que la cartera, mostraba signos de envejecimiento. Había arañazos en sus zapatos. Se le arrugaban los pantalones en torno a las rodillas. Le faltaba un botón de la blusa. Mi madre tenía tendencia a arreglarse

demasiado: elegante en los restaurantes, elegante en el teatro, elegante en el trabajo aunque no hubiera necesidad. Ella y mi padre habían montado un centro de jardinería en el norte de Londres, en una parcela en forma de T, entre grandes casas blancas de estuco, comprada a principios de la década de 1970, cuando el terreno era barato en la capital. Mi padre siempre iba con pantalones rotos, botas pesadas y jerséis holgados, y fumaba cigarrillos liados. En cambio, mi madre elegía blusas blancas almidonadas, pantalones de lana en invierno y de algodón en verano. Los clientes hacían comentarios sobre su indumentaria de oficina inmaculada y querían saber cómo se las arreglaba para mantenerse impecable, pese a realizar tanto trabajo físico como mi padre. Ella se reía cuando le preguntaban y se encogía de hombros inocentemente, como diciendo: «No tengo ni idea.» Pero estaba calculado. Siempre había mudas de ropa de recambio en la trastienda. Mi madre me decía que, al ser la cara visible del negocio, era importante mantener las apariencias.

Con la curiosidad de averiguar si me vería, dejé que mi madre pasara por delante de mí. Estaba mucho más delgada que cuando nos despedimos de ella en abril, y no parecía una delgadez sana. Los pantalones le quedaban sueltos, sin forma, y me recordaron la ropa de una marioneta de madera. Daba la impresión de no tener curvas naturales, como un boceto de línea apresurada más que una persona real. Llevaba el pelo corto y húmedo, peinado hacia atrás, brillante y suave, pero no alisado con cera o gel sino con agua. Debía de haber entrado en el cuarto de baño después de bajar del avión para intentar arreglarse y asegurarse de que no tenía ni un mechón fuera de lugar. Su rostro, normalmente juvenil, había envejecido en los últimos pocos meses. La piel, como la ropa, delataba dificultades. Tenía puntos oscuros en las mejillas. Las ojeras se habían vuelto más pronunciadas. En contraste, los ojos

azules se veían más brillantes que nunca. Cuando rodeé la barrera, el instinto me impidió tocarla, temiendo que pudiera gritar.

—Mamá.

Ella levantó la mirada, asustada, pero al ver que era yo, su hijo, sonrió, triunfal.

—Daniel.

Murmuró mi nombre del mismo modo que cuando la hacía sentirse orgullosa: una felicidad callada, intensa. Al abrazarnos, apoyó la cara en mi pecho. Se apartó, me tomó las manos y yo examiné con disimulo sus dedos con el borde del pulgar. Tenía la piel áspera y las uñas mal cortadas y descuidadas.

—Se acabó —susurró—. Estoy a salvo.

Tardé poco en concluir que tenía la mente clara, porque se fijó de inmediato en mi equipaje:

—¿Para qué es eso?

—Papá me llamó anoche para decirme que estabas en el hospital...

—No lo llames «hospital» —me cortó—. Es un psiquiátrico. Me llevó a un manicomio. Dijo que es ahí donde tengo que estar, en una habitación al lado de enfermos que aúllan como animales. Luego te llamó y te contó lo mismo: tu madre está loca, ¿me equivoco?

Tardé en responder, me resultaba difícil adaptarme a esa rabia, a ese espíritu de confrontación.

—Estaba a punto de coger un avión a Suecia cuando llamaste.

—Entonces, ¿le creíste?

—¿Por qué no iba a hacerlo?

—Él contaba con eso.

—Explícame qué está pasando.

—Aquí no. Con esta gente, no. Hemos de hacerlo bien, desde el principio. Hay que hacerlo bien. Por favor, no hagas preguntas. Todavía no.

Había cierta formalidad en su manera de hablar, una cortesía excesiva, como si articulara demasiado cada sílaba y marcara cada signo de puntuación. Acepté.

—Está bien, no haré preguntas.

Me apretó la mano en señal de agradecimiento y endulzó la voz:

—Llévame a casa.

Mi madre ya no tenía casa en Inglaterra. La había vendido y se había trasladado a una casa rural en Suecia, una antigua granja, con la esperanza de convertirla en el último y más feliz de sus hogares. Sólo podía suponer que se refería a mi piso, el piso de Mark, un hombre cuya existencia desconocía.

Ya había hablado con Mark mientras esperaba a que aterrizarara el avión de mi madre. Él estaba alarmado por el giro de los acontecimientos, en particular por el hecho de que ella careciera de supervisión médica. Tendría que arreglármelas solo. Le dije que lo llamaría para mantenerlo al corriente. También había prometido telefonar a mi padre, pero, con mi madre a mi lado, no tuve ocasión de hacer esa llamada. No me atrevía a dejarla sola. Además, temía que, si informaba abiertamente a mi padre, ella tendría la impresión de que tomaba partido, y no podía correr ese riesgo; podría empezar a desconfiar de mí o, peor, podría salir huyendo, una idea que nunca se me habría ocurrido si mi padre no la hubiera mencionado. La perspectiva me aterrizaba. Metí la mano en el bolsillo y silencié el teléfono.

Mi madre se quedó a mi lado mientras yo compraba billetes de tren al centro de la ciudad. Me di cuenta de que la observaba con frecuencia, sonriendo en un intento de ocultar que estaba sometiéndola a una atenta vigilancia. De vez en cuando, ella me tomaba la mano, algo que no había hecho desde que era niño. Mi estrategia consistía

en comportarme de la forma más neutral posible, sin dar nada por sentado, dispuesto a escuchar su historia con imparcialidad. Se daba la circunstancia de que nunca había tenido que ponerme del lado de mi madre o de mi padre, por el simple motivo de que nunca me habían metido en un conflicto donde necesitara elegir bando. En líneas generales, me sentía más unido a mi madre, aunque sólo fuera porque ella había estado más implicada en los detalles cotidianos de mi vida. Mi padre siempre se había mostrado conforme con ceder al criterio de su mujer.

Al subir al tren, mi madre eligió asientos en la parte de atrás del vagón y se acomodó junto a la ventanilla. Su posición, me di cuenta, le proporcionaba una perspectiva privilegiada. Nadie podría sorprenderla. Puso la cartera en su regazo y la sujetó con fuerza, como si fuera un paquete de importancia vital.

—¿No llevas nada más? —le pregunté.

Mi madre tocó la parte superior de la cartera con solemnidad.

—Aquí están las pruebas de que no estoy loca, las pruebas de los crímenes que se están encubriendo.

Estas palabras estaban tan alejadas de la vida ordinaria que sonaron extrañas a mis oídos. No obstante, mi madre las había pronunciado muy en serio.

—¿Puedo mirar? —pregunté.

—Aquí no.

Se llevó un dedo a los labios, señalando que ése no era un tema que quisiera discutir en un lugar público. El gesto en sí era peculiar e innecesario. Aunque habíamos pasado treinta minutos juntos, no podía llegar a ninguna conclusión sobre su estado mental. Había pensado que me daría cuenta al momento. Mi madre estaba diferente, en el aspecto físico y en cuanto a su carácter, pero me resultaba imposible estar seguro de si los cambios eran resultado de una experiencia real o si esa experiencia se

había producido únicamente en su mente. Mucho dependía de lo que ella sacara de esa cartera, mucho dependía de sus pruebas.

Al llegar a la estación de Paddington, cuando ya íbamos a bajar, mi madre me agarró del brazo, presa de un miedo exagerado y repentino:

—Promete que escucharás todo lo que te cuente sin prejuizar. Sólo te pido una mentalidad abierta. Prométeme que lo harás, por eso he acudido a ti. ¡Prométemelo!

Puse mi mano encima de la suya. Mi madre estaba temblando, aterrorizada de que pudiera no estar de su lado.

—Lo prometo.

En la parte de atrás de un taxi, con nuestras manos unidas como amantes a la fuga, capté el olor de su aliento. Era un olor sutil, metálico. Pensé en limaduras de acero, si es que existe ese olor. Vi que sus labios estaban bordeados por una fina línea azul, como afectados por un frío extremo. Como si me leyera el pensamiento, mi madre abrió la boca y sacó la lengua para que se la examinara. Tenía la punta negra, del color de la tinta de pulpo.

—Veneno —dijo.

Antes de que pudiera preguntar por esa declaración sorprendente, mi madre negó con la cabeza y señaló con la mirada al taxista para recordarme su deseo de discreción. Me pregunté qué pruebas le habían hecho los médicos en Suecia, y si habían descubierto algún veneno y en ese caso cuál. Lo más importante, me pregunté quién sospechaba mi madre que estaba envenenándola.

El taxi se detuvo ante mi edificio, a sólo unos centenares de metros del lugar donde había abandonado la compra la tarde anterior. Mi madre nunca me había visitado, ce-

diendo a mi protesta de que me resultaba embarazoso compartir un piso con otras personas y recibir visitas de mis padres. No sé por qué ellos aceptaron una mentira tan lamentable ni cómo había tenido yo la cara de contarla. Por el momento, continuaría con la farsa que yo mismo había creado, porque no quería que mi madre se desviara del tema por mis revelaciones. La guié al interior del piso y comprendí tarde que cualquiera que prestara atención se daría cuenta de que sólo había un dormitorio en uso. El segundo dormitorio estaba habilitado como estudio. Me adelanté en cuanto abrí la puerta de la calle. Mi madre siempre se quitaba los zapatos antes de entrar en una casa, y eso me dio tiempo suficiente para cerrar las puertas del dormitorio y el estudio. Regresé.

—Quería ver si había alguien más. Está bien, estamos solos.

Ella se quedó satisfecha. Aun así, se detuvo delante de las dos puertas cerradas. Quería comprobarlo por sí misma. Pasé un brazo en torno a ella para guiarla al piso de arriba.

—Te lo prometo —dije—, estamos solos tú y yo.

Mi madre se quedó fascinada cuando vio por primera vez la cocina y el salón de planta abierta, que constituían el corazón del piso de Mark. Él, que siempre había descrito su gusto como minimalista, confiaba en que las vistas de la ciudad proporcionaran carácter a la casa. Casi no había muebles cuando yo me mudé. El apartamento, lejos de tener estilo, me dio una sensación de vacío, de tristeza. Allí, Mark había dormido y comido, pero no había hecho vida. Poco a poco planteé sugerencias. Mark no tenía que ocultar sus posesiones. Podía desembalar las cajas. Observé que mi madre trazaba mi línea de influencia con notable precisión. Sacó un libro de los estantes, uno que me había regalado ella.

—Este piso no es mío —solté.

Había mentido durante años, con presteza y facilidad, pero de pronto las mentiras me causaban dolor, como correr con un tobillo lesionado. Mi madre me tomó la mano y dijo:

—Enséñame el jardín.

Mark había contratado a la empresa en la que trabajo para que diseñara y plantara un jardín en la azotea. Me aseguré que ya tenía la intención de hacerlo, pero fue un favor hacia mí, una forma de patrocinio. Mis padres siempre se habían sentido discretamente desconcertados por mi elección profesional. Creían que haría algo diferente a ellos. Los dos dejaron la escuela a los dieciséis años, mientras que yo había ido a la universidad, pero sólo para terminar dedicándome al mismo trabajo que ellos habían hecho toda su vida, más o menos, salvo que con el sello de un título y empezando con veinte mil libras de deuda. Claro que había pasado toda mi infancia entre plantas y flores; había heredado de mis padres el don de la jardinería, y el trabajo, cuando caía a cuentagotas, me hacía feliz. Sentado en el tejado, contemplando Londres entre esas plantas, no costaba mucho olvidar los problemas. Quería quedarme así para siempre, disfrutar del sol, aferrarme al silencio. Sin embargo, me fijé en que mi madre no estaba interesada en el jardín; estaba valorando la disposición del tejado, las salidas de incendios, identificando rutas de escape. Miró su reloj y la invadió una gran impaciencia:

—No tenemos mucho tiempo.

Antes de oír su versión de los hechos, le propuse que comiéramos. Mi madre lo rechazó amablemente, con ganas de avanzar.

—Tengo que contarte muchas cosas.

Insistí. Que había perdido peso era un hecho incontestable. No logré descubrir cuándo había comido por

última vez, porque se fue por las ramas cuando se lo pregunté. Me puse a preparar un batido de plátano, fresas y miel. Mi madre se quedó de pie, estudiando el proceso.

—Confías en mí, ¿verdad?

Mi madre había desarrollado un instinto de precaución extrema y sospecha exacerbada; sólo me permitió usar fruta que ella hubiera examinado antes. Probé la bebida antes de pasarle el vaso para demostrar que era inocua. Ella dio el sorbo más pequeño posible, pero al captar mi mirada comprendió que había sido una prueba de su estado mental. Su actitud cambió y empezó a dar tragos largos y apresurados.

—Tengo que ir al baño —dijo al acabarse la bebida.

Me preocupaba que fuera a provocarse el vómito, pero no podía insistir en acompañarla.

—Está abajo.

Salió de la cocina con la cartera, que nunca abandonaba.

Saqué mi teléfono y me encontré treinta o más llamadas perdidas de mi padre. Lo llamé y hablé en susurros:

—Papá, está aquí, está a salvo. No puedo hablar...

Me interrumpió:

—¡Espera! ¡Escúchame!

Era un riesgo hablar con él así, y me preocupaba que mi madre me pillara. Me volví, con la intención de dirigirme a la parte superior de la escalera para poder oírla cuando se dispusiera a volver. Pero ella ya estaba ahí, en el umbral, observándome. No podía haber ido al cuarto de baño tan deprisa. Me había mentado, había preparado su propia prueba para ver en qué usaba yo el tiempo. Si era una prueba, no la había superado. Mi madre estaba mirándome de una manera que yo no había visto nunca. Ya no era su hijo, sino una amenaza, un enemigo.

Estaba atrapado entre los dos.

—Es él, ¿no?

La formalidad había desaparecido, habló en tono acusatorio y agresivo. Mi padre oyó su voz de fondo.

—¿Está ahí?

No podía moverme, paralizado por la indecisión, con el teléfono pegado a la oreja y la mirada clavada en mi madre.

—Daniel —dijo mi padre—, puede ponerse violenta.

Al oír a mi padre decir eso, negué con la cabeza: no, no lo creía. Mi madre no había hecho daño a nadie en su vida. Mi padre estaba equivocado. O mentía. Mi madre dio un paso adelante y señaló al teléfono.

—Si le dices otra palabra, me voy.

Con la voz de mi padre todavía audible, colgué.

Le ofrecí el teléfono a mi madre como quien entrega un arma. Me falló la voz cuando imploré en mi defensa:

—Prometí llamar a papá cuando llegaras. Sólo para que supiera que estás a salvo. Igual que te prometí a ti escucharte. Por favor, mamá, vamos a sentarnos. Querías contarme tu historia. Yo quiero escuchar.

—Los doctores me examinaron. ¿Te lo ha contado? Me examinaron, escucharon mi historia y me dejaron marchar. Los profesionales me creyeron. No le creyeron a él.

Dio un paso hacia mí y me ofreció su bolsa, sus pruebas. Al ver que se me concedía una segunda oportunidad, me acerqué a mi madre, en el centro de la sala, y cogí la cartera de cuero agrietado. Fue necesario un acto de fuerza de voluntad sobrehumano para que ella la soltara. Me sorprendió lo pesada que era. Cuando la dejé en la mesa del comedor, mi padre llamó otra vez y su imagen apareció en la pantalla. Mamá vio su cara.

—Puedes coger el teléfono. O abrir la bolsa.

Sin hacer caso del móvil, puse una mano encima de la cartera. Solté el cierre y el cuero crujió cuando levanté la solapa y miré en el interior.